Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

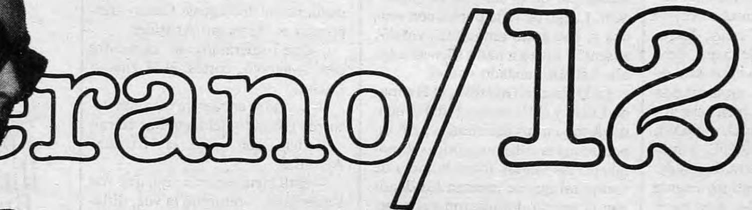
SOLUCION / Pág. 4

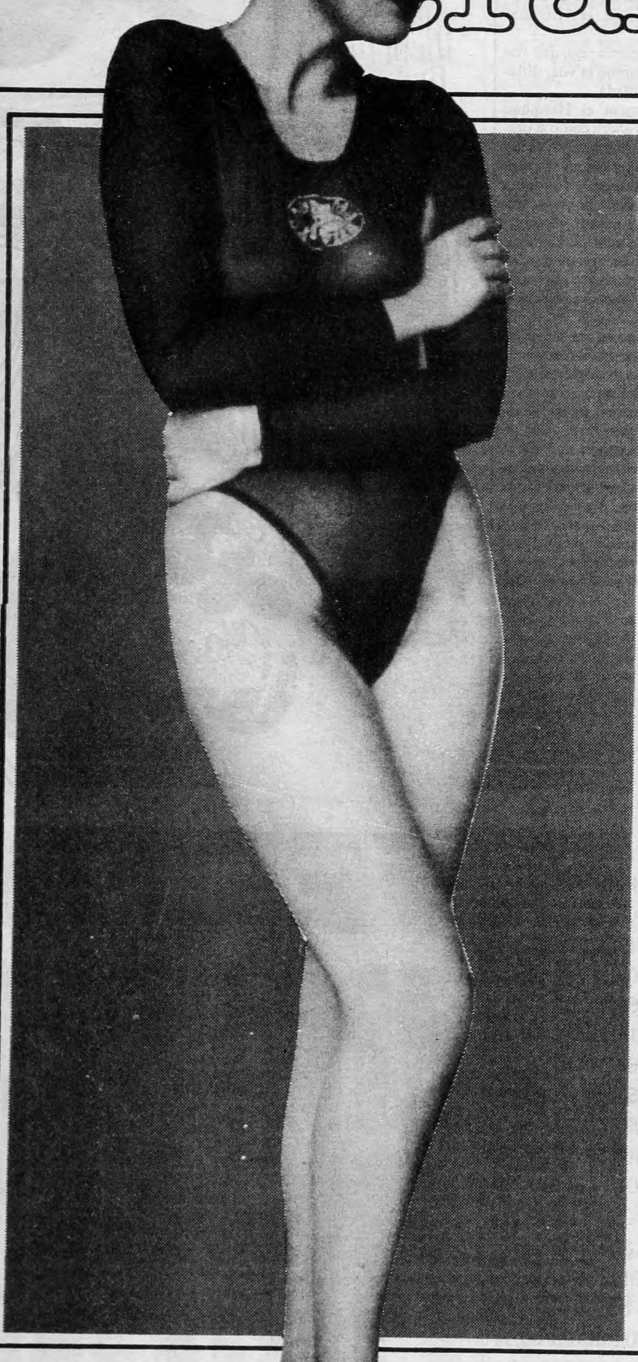
				B	R
				4	0
8	7	6	5	1	1
9	4	1	0	1	1
3	4	6	8	0	1
2	9	0	7	2	0
5	4	6	7	1	0



VERA HISTORIA DE EUGENIO FUNES

Página/2/3





LA CHICA DE PLAZA

(Por Marta Kapustin) Zapatillas azules; puede que verdes. Da lo mismo. También jeans, esos gileteados en la pierna y un muestrario de aritos, uno de cada tipo hasta tres en cada oreja. O dos.

Acudieron las amigas —no a bañarse, maquillarse o a repartirse las remeras— simplemente a buscarla. Hablaron bajito, ni rock. Se pintaron las uñas por si acaso, por aquello de que irse de casa sin revisar mis esmaltes trae mala suerte. Tampoco rojo. Me refiero a un pálido rosa. "Nos vamos —dijo—; vuelvo temprano, cuando termine." "¿Cuán temprano?" "A las siete termina." Le pregunté si tenía dinero. "¿Para qué?, no voy a gastar". "Un helado tal vez", apuré mientras ella pinzaba uno de cien. Seguro que se los gasta en cigarrillos y me di cuenta. No lo de los cigarrillos sino de que se llevaba todas las pecas puestas.

A la sombra, en cuanto partieron. Debajo de los bambúes que silabean un mediodía anduve vericueteando mi memoria y de paso la nostalgia de batracio en laguna ajena. Qué patética, me controlé.

Y seguí: supe encaramarme en los inodoros de los bares para aerosolear o simplemente estar un poco sola, llevé al frasco de dulce de leche hasta su fase terminal de kilo y medio y acepté copiarme nomás para borrar una inmerecida fama de traga. También tuve quince, quiero decir. El olvido vino después.

Cortala con el olvido conminé y sin mediar más consigna que el propio ultimátum salí rumbo al dormitorio hacia la ropa tirada de verano en la cama. En el sesenticuatro fui; ya dije que el bochorno de diciembre, un jueves de calor cayéndose las palomas a pique, ciegas. Las busqué a ella y sus amigas bordeando la fuente y no las vi o se habían escondido. Chicos sin camisa, sacada; chicas de shorts y cabezas empapadas con agua mineral. Las frescas.

Me puse a caminar. Pasaban escasas nubes aborregadas las muy ovejas. Carteles también, panfletos. Pasaban zumbando las palabras que leía de prisa mientras el sol se partía en la cabeza. Sacaban fotos los turistas. Las madres, sus pañuelos.

Apareció entonces, por atrás sin avisarme. Me agarró la mano. A ver si soy clara en la escena: la niña todavía pelusa en los cachetes, visualiza mi espalda y por ese flanco imprevisto aborda directo la mano derecha y se toma de ella. Perdón, hace que me tome de ella.

Damos entonces juntas vuelta tras vuelta, en silencio ya dije. Señala un hombre en un afiche, lee en voz alta lo que a zumbido yo nomás había entrevisto. Damos vueltas. Ella, las manos juntas y yo, mudas.

"Volviste", finalmente dice. No, no era volviste exactamente, sino otra vez aquí, creo. "Vine porque se trataba de aguantar", empecé a excusarme como si ella siendo simplemente mi hija adolescente pidiera algo más que tenerme de la mano.

Callé a tiempo porque cuando terminó el "otra vez aquí" —es más, en cuanto lo estuvo pronunciando con esa voz que conserva su inflexión de ondina— confinose el olvido. Se esfumó, para ser precisa, y encima al dos por uno toda la sapés de otro pozo achicó hasta apenas.

Un milagro absoluto y de plaza, qué tiene de raro.

Después, casi las seis, para calmar nostálgicos (supongamos) asoma en los altoparlantes eso de la vida no vale nada. Tararié dos estrofas y, antes que se me soltara lo que desde los bambúes venía trayendo, mejor decido irme. "Te espero en casa", le dije. "Cuidate", también le dije.

No me sentía mal, qué vá —ya tenía mi milagro—. Por otra parte, me fui sólo cuando tuve la certeza de que llegar hasta el final de la Marcha de la Resistencia ya no era tanto cosa mía, como de ella.

Estimado Eugenio:

Hoy ha estado por aquí tu cuñada Leonor y me ha comunicado la fausta e irreversible nueva. Creeme Eugenio: no lo pude creer. Pero ella me mostró el recorte de *Crónica* y ahí, en la página de policiales, decía bien clarito: "SUICIDOSE ARROJANDOSE AL PASO DE UN TREN" y más abajo tu nombre en letra de molde: "Eugenio Funes, argentino, sesenta años, soltero". Solterón, diría yo. Y luego el comentario del atraso de hora y media en el servicio Retiro-Rosario. Y todo por vos, Eugenio.

El Rosarino, Eugenio. No me digas nada. Elegiste el Rosarino a propósito. Coches pullman, aire acondicionado, hombres de negocios, camareros cabecitas. ¡Una hora y media de atraso! Las cosas que habrán pensado de vos, Eugenio.

Pero supongo que nadie se dio cuenta del simbolismo. Yo sí, Eugenio. Porque te conozco. Un rosarino anarquista como vos no podía morir de otra manera. Las pensaste todas, Eugenio. Me imagino tu sonrisa por haberlos jodido tan bien. Una hora y media parados. Y en el costado del tren el nombre de la ciudad en que naciste —Rosario— presente también ahora, que te venís a morir.

Y arriba del tren seiscientos espectadores rejodiéndose con el aire acondicionado apagado para que no se recaliente, asándose vivos y hablando pestes de vos. Pero tampoco en voz muy alta porque, después de todo, vos eras un difunto. Reciente, pero difunto al fin.

Y luego los bomberos, los mismos que tenían que ir corriendo a apagar los incendios tuyos cuando eras joven y tirabombas, juntando ahora tus pedacitos y diciendo "pobre hombre" y puteando por lo que tenían que hacer, y esa noche nada de guiso de carne cortada chiquita.

Sos un genio Eugenio. Y también un grandísimo hijo de puta Eugenio. Me querés decir: ¿para qué carajo me pediste esas cuatrocientas lucas anteayer? ¿Me lo podés explicar? ¿Qué falta te hacían? ¿Para qué mierda querías esas lucas? Nada más que para joderme a mí, Eugenio, nada más, porque ni el cajón te compraste. Y no porque te faltara guita.

Y hoy, encima de todo, viene la Leonor a manguearme para un entierro decente. Pero yo le dije que los entierros decentes son para la gente decente. Y vos fuiste un buen amigo, pero con esta turrada se acabó Siento que las cosas terminaran así, Eugenio. Fueron muchos años compartiendo cosas, pero aquí hubo maldad premeditada y lo que es peor, irreparable, porque también me enteré que esa noche te fuiste de joda y te hiciste el Gardel tirando guita a la marchanta con todas las putas de San Fernando. ¡Mi guita!

Lo siento Eugenio, pero hasta aquí llegó mi amistad. Corto para siempre. Si la Leonor, o tus otros parientes, quieren un entierro como la gente que vayan a robar al puerto o que le pidan plata a otro gil. Que al lado tuyo giles nunca faltaron, incluso yo.

Borro tu recuerdo de mi memoria. Adiós.

Atte.

León Pascal

* * *

De pie y con la modulación necesaria para que, pese a la bronca, no se perdiera palabra, con la mirada dirigida al techo lejano de la habitación, León terminó de leer la carta en voz alta. Luego se quitó los anteojos, volvió a doblar en cuatro el papel, guardó ambas cosas en el bolsillo del saco y miró a los demás.

El Hermano Arístides, con una sonrisa melindrosa, se incorporó y solicitó al señor León Pascal que esperara en la salita de al lado dado lo delicado y reservado de la tarea que debían realizar. Uniendo el gesto a la palabra, lo tomó del hombro y lo acompañó hasta salir de la habitación. Luego cerró la puerta con visillos y, con gesto ampuloso, volvió, se sentó e invitó a hacer silencio a los que habían quedado con él.

La Hermana Godelive, el Hermano Lucio y el Hermano Fidel se acomodaron en sus incómodas pero espectaculares sillas neogóticas y, poniendo las manos sobre la mesa de forma tal que se tocaran los dedos con el vecino, levantaron sus cabezas y entornaron sus ojos. Pasaron dos o tres largos minutos sin que pasara nada. El Hermano Lucio no pudo contener una seca e inoportuna tos.

—Comencemos de nuevo —ordenó con fastidio el Hermano Arístides—. Por favor, un poco más de disciplina y concentración.

—De acuerdo, hermano —susurró el Hermano Lucio algo ruborizado.

El silencio volvió a invadir la habitación. De nuevo fueron las manos sobre la mesa, el entrecerrar de los ojos, el aire misterioso. Lo único distinto fue que, debajo de la mesa, la rodilla del Hermano Fidel comenzó a rozar apenas, pero intencionalmente, el relleno muslo de la Hermana Godelive.

La primera señal fue, como siempre, un repiquetear de caireles. Luego fue el pequeño movimiento del espantoso jarroncito colocado encima de un esquelético posajarrones-espantosos. Lo habían logrado, finalmente estaban conectados. Las manos se pusieron tensas y los ojos se cerraron firmemente como si hicieran fuerza. Estaban en el denominado Momento Trascendental.

El Hermano Arístides poniendo voz de bajo adecuada a la circunstancia pronunció la Gran Verdad.

—Estamos aquí...

Hubo entonces más repiquetear de caireles, más jarroncito que se mueve, pero que nunca se cae, más rodilla del Hermano Fidel contra el portaligas de la Hermana Godelive, más concentración, hasta que una especie de susuro, mezcla de carraspera con disco rayado invadió la habitación.

—Estamos aquí, ¿nos oyen? —repitió con ansiedad el Hermano Arístides.

Caireles, jarroncito y ahora sonidos guturales, fue toda la contestación.

—Hay interferencias —atinó a decir tímidamente el Hermano Lucio.

—Shhh, concentración y disciplina —ordenó el Hermano Arístides. Luego, levantando la voz, tornó a recitar—. ¿Me oyen? Estamos aquí.

En ese momento, claramente, se escuchó una voz afónica e irreal que dijo la otra Gran Verdad.

—¡¡¡Nosotros también estamos aquí!!!

—Entonces estamos todos —exclamó contenta la Hermana Godelive, no se sabe si por el éxito de la comunicación o por la satisfacción del roce oculto con la pierna del Hermano Fidel.

—¡¡Silencio!! —bramó el Hermano Arístides. Luego, volviendo al tono coloquial, contestó: —Sí, sí, estamos aquí y los escuchamos alto y claro. Adelante ustedes.

—¿Para qué llamaron? —preguntó misteriosa la no menos misteriosa voz.

—Llamamos para recibir contestación de una carta que hemos leído hace unos momentos dirigida al alma inmortal de Eugenio Funes —respondió el Hermano Arístides.

—Que esperamos se encuentre bien —agregó, cortés, el Hermano Lucio.

—... que se encuentre bien con vosotros gozando del bienestar eterno —corrigió, con mufa, el Hermano Arístides.

—Está bien, esperen aquí que voy a averiguar —retumbó la voz, diríase que algo fastidiada.

Durante la espera el Hermano Arístides bajó la cabeza como si orara pero, cuando el Hermano Fidel intentó, a su vez, bajar la mano en busca de la entrepierna de la Hermana Godelive, la irguió de golpe y, fulminándolo con la mirada, espetó:

—Las manos arriba de la mesa. No hay que romper la cadena.

—Romper no, romper no... —chilló con pequeños hipos la Hermana Godelive.

—¿Pero acaso no estamos en el intervalo? No es que se fueron a buscar al... —dudó el Hermano Fidel—... al Fuentes ése.

—Funes, Hermano Lucio, Funes. Y esto no es un intervalo, sencillamente porque esto no es un cine...

—Cierto, si esto fuera un cinematógrafo estaría más oscuro —interrumpió jadeante y fuera de lugar la Hermana Godelive, a quien el roce de la pierna del Hermano Fidel ya le estaba haciendo transpirar todo el cuerpo, algunas partes más que otras.



VERA H

EUGENI

D

Santiago Varela nació en la localidad de Pergamino y vivió en Buenos Aires, donde se recibió y trabajó como arquitecto. Sin embargo, puesto a construir, prefiere hacerlo con palabras. Así, es autor de los monólogos televisivos de Tato Bores, y ha publicado "Peligro, familia" (Ediciones De la Flor, 1991) y artículos en la revista "Humor", en el suplemento **Sátira/12** y en el mensuario **Página/30**. A continuación se presenta un cuento inédito que forma parte de un volumen en preparación.



Por Santiago Varela

VERA HISTORIA DE EUGENIO FUNES

Santiago Varela nació en la localidad de Pergamino y vivió en Buenos Aires, donde se recibió y trabajó como arquitecto. Sin embargo, puesto a construir, prefiere hacerlo con palabras. Así, es autor de los monólogos televisivos de Tato Bores, y ha publicado "Peligro, familia" (Ediciones De la Flor, 1991) y artículos en la revista "Humor", en el suplemento **Sátira/12** y en el mensuario **Página/30**. A continuación se presenta un cuento inédito que forma parte de un volumen en preparación.

Estimado Eugenio:

Hoy ha estado por aquí tu cuñada Leonor y me ha comunicado la fausta e irreversible nueva. Creeme Eugenio: no lo pude creer. Pero ella me mostró el recorte de *Crónica* y ahí, en la página de policiales, decía bien clarito: "SUICIDOSE ARROJANDOSE AL PASO DE UN TREN" y más abajo tu nombre en letra de molde: "Eugenio Funes, argentino, sesenta años, soltero". Solterón, diría yo. Y luego el comentario del atraso de hora y media en el servicio Retiro-Rosario. Y todo por vos, Eugenio.

El Rosarino, Eugenio. No me digas nada. Elegiste el Rosarino a propósito. Coches pullman, aire acondicionado, hombres de negocios, camareros cabecitas. ¡Una hora y media de atraso! Las cosas que habrán pensado de vos, Eugenio.

Pero supongo que nadie se dio cuenta del simbolismo. Yo sí, Eugenio. Porque te conozco. Un rosarino anarquista como vos no podía morir de otra manera. Las pensastes todas, Eugenio. Me imagino tu sonrisa por haberlos jodido tan bien. Una hora y media parados. Y en el costado del tren el nombre de la ciudad en que naciste —Rosario— presente también ahora, que te venís a morir.

Y arriba del tren seiscientos espectadores rejodiéndose con el aire acondicionado apagado para que no se recaliente, asándose vivos y hablando pestes de vos. Pero tampoco en voz muy alta porque, después de todo, vos eras un difunto. Reciente, pero difunto al fin.

Y luego los bomberos, los mismos que tenían que ir corriendo a apagar los incendios tuyos cuando eras joven y tirabombas, juntando ahora tus pedacitos y diciendo "pobre hombre" y puteando por lo que tenían que hacer, y esa noche nada de guiso de carne cortada chiquita.

Sos un genio Eugenio. Y también un grandísimo hijo de puta Eugenio. Me querés decir: ¿para qué carajo me pediste esas cuatrocientas lucas anteayer? ¿Me lo podés explicar? ¿Qué falta te hacían? ¿Para qué mierda querías esas lucas? Nada más que para joderme a mí, Eugenio, nada más, porque ni el cajón te compraste. Y no porque te faltara guita.

Y hoy, encima de todo, viene la Leonor a manguearme para un entierro decente. Pero yo le dije que los entierros decentes son para la gente decente. Y vos fuiste un buen amigo, pero con esta turrada se acabó Siento que las cosas terminaran así, Eugenio. Fueron muchos años compartiendo cosas, pero aquí hubo maldad premeditada y lo que es peor, irreparable, porque también me enteré que esa noche te fuiste de joda y te hiciste el Gardel tirando guita a la marchanta con todas las putas de San Fernando. ¡Mi guita!

Lo siento Eugenio, pero hasta aquí llegó mi amistad. Corto para siempre. Si la Leonor, o tus otros parientes, quieren un entierro como la gente que vayan a robar al puerto o que le pidan plata a otro gil. Que al lado tuyo giles nunca faltaron, incluso yo.

Borro tu recuerdo de mi memoria. Adiós.

Atte.

León Pascal

* * *

De pie y con la modulación necesaria para que, pese a la bronca, no se perdiera palabra, con la mirada dirigida al techo lejano de la habitación, León terminó de leer la carta en voz alta. Luego se quitó los anteojos, volvió a doblar en cuatro el papel, guardó ambas cosas en el bolsillo del saco y miró a los demás.

El Hermano Arístides, con una sonrisa melindrosa, se incorporó y solicitó al señor León Pascal que esperara en la salita de al lado dado lo delicado y reservado de la tarea que debían realizar. Uniendo el gesto a la palabra, lo tomó del hombro y lo acompañó hasta salir de la habitación. Luego cerró la puerta con visillos y, con gesto ampuloso, volvió, se sentó e invitó a hacer silencio a los que habían quedado con él.

La Hermana Godelive, el Hermano Lucio y el Hermano Fidel se acomodaron en sus incómodas pero espectaculares sillas neogóticas y, poniendo las manos sobre la mesa de forma tal que se tocaran los dedos con el vecino, levantaron sus cabezas y entornaron sus ojos. Pasaron dos o tres largos minutos sin que pasara nada. El Hermano Lucio no pudo contener una seca e inoportuna tos.

—Comencemos de nuevo —ordenó con fastidio el Hermano Arístides—. Por favor, un poco más de disciplina y concentración.

—De acuerdo, hermano —susurró el Hermano Lucio algo ruborizado.

El silencio volvió a invadir la habitación. De nuevo fueron las manos sobre la mesa, el entrecerrar de los ojos, el aire misterioso. Lo único distinto fue que, debajo de la mesa, la rodilla del Hermano Fidel comenzó a rozar apenas, pero intencionalmente, el relleno muslo de la Hermana Godelive.

La primera señal fue, como siempre, un repiquetear de caireles. Luego fue el pequeño movimiento del espantoso jarroncito colocado encima de un esquelético posajarrones-espantosos. Lo habían logrado, finalmente estaban conectados. Las manos se pusieron tensas y los ojos se cerraron firmemente como si hicieran fuerza. Estaban en el denominado Momento Trascendental.

El Hermano Arístides poniendo voz de bajo adecuada a la circunstancia pronunció la Gran Verdad.

—Estamos aquí...

Hubo entonces más repiquetear de caireles, más jarroncito que se mueve, pero que nunca se cae, más rodilla del Hermano Fidel contra el portaligas de la Hermana Godelive, más concentración, hasta que una especie de susuro, mezcla de carraspera con disco rayado invadió la habitación.

—Estamos aquí, ¿nos oyen? —repitió con ansiedad el Hermano Arístides.

Caireles, jarroncito y ahora sonidos guturales, fue toda la contestación.

—Hay interferencias —atinó a decir tímidamente el Hermano Lucio.

—Shhh, concentración y disciplina —ordenó el Hermano Arístides. Luego, levantando la voz, tornó a recitar—. ¿Me oyen? Estamos aquí.

En ese momento, claramente, se escuchó una voz afónica e irreal que dijo la otra Gran Verdad.

—¡¡¡Nosotros también estamos aquí!!!

—Entonces estamos todos —exclamó contenta la Hermana Godelive, no se sabe si por el éxito de la comunicación o por la satisfacción del roce oculto con la pierna del Hermano Fidel.

—¡¡Silencio!! —bramó el Hermano Arístides. Luego, volviendo al tono coloquial, contestó: —Sí, sí, estamos aquí y los escuchamos alto y claro. Adelante ustedes.

—¿Para qué llamaron? —preguntó misteriosa la no menos misteriosa voz.

—Llamamos para recibir contestación de una carta que hemos leído hace unos momentos dirigida al alma inmortal de Eugenio Funes —respondió el Hermano Arístides.

—Que esperamos se encuentre bien —agregó, cortés, el Hermano Lucio.

—... que se encuentre bien con vosotros gozando del bienestar eterno —corrigió, con mufa, el Hermano Arístides.

—Está bien, esperen aquí que voy a averiguar —retumbó la voz, diríase que algo fastidiada.

Durante la espera el Hermano Arístides bajó la cabeza como si orara pero, cuando el Hermano Fidel intentó, a su vez, bajar la mano en busca de la entrepierna de la Hermana Godelive, la irguió de golpe y, fulminándolo con la mirada, espetó:

—Las manos arriba de la mesa. No hay que romper la cadena.

—Romper no, romper no... —chilló con pequeños hipos la Hermana Godelive.

—¿Pero acaso no estamos en el intervalo? No es que se fueron a buscar al... —dudó el Hermano Fidel—... al Fuentes ése.

—Funes, Hermano Lucio, Funes. Y esto no es un intervalo, sencillamente porque esto no es un cine...

—Cierto, si esto fuera un cinematógrafo estaría más oscuro —interrumpió jadeante y fuera de lugar la Hermana Godelive, a quien el roce de la pierna del Hermano Fidel ya le estaba haciendo transpirar todo el cuerpo, algunas partes más que otras.

Cuando el espantoso jarroncito posado encima del posajarrones-espantosos comenzó a moverse, fue como un aviso de que la cosa recomenzaba.

—¡Silencio! —conminó el Hermano Arístides mientras el Hermano Fidel, sin sacar las manos de arriba de la mesa, intentaba levantar su pierna para ponerla arriba de la pierna de la Hermana Godelive.

—¡A ver ustedes, los de abajo! —atronó una voz como de ultratumba—. Aquí arriba no encontramos a ningún recién ingresado de apellido Funes.

—Si no lo toman a mal, ¿por qué no se fijan bien? —señaló, respetuoso, el Hermano Lucio—. Debe haber ingresado hace dos días. Murió de suicidio ferroviario.

—¿Un suicida? ¿Aquí en el cielo? —preguntó extrañada la extraña voz.

El Hermano Arístides sintió que su boca se resecaba. Evidentemente había algo que no habían tomado en cuenta cuando arreglaron el tema de los honorarios con el señor León. Con cierta desesperación buscó con la mirada la ayuda del Hermano Fidel que, por ser de profesión procurador, aparecía como el más preparado del grupo.

El Hermano Fidel, a su vez, sorprendido tratando de disimular su actitud contorsionista por el esfuerzo que le demandaba embocar su pierna entre las rodillas de la Hermana Godelive, entendió el pedido de auxilio y, con voz pausada, contestó:

—Verdad es que se trata de un suicida, hermano. Pero también es cierto que en vida fue un anarquista confeso y, como vosotros debéis saber... —explicó en medio de un respingo de la Hermana Godelive—, como vos debéis saber, decía, según la doctrina, cuando los anarquistas se mueren se van directo al infierno. Del mismo modo, contrario sensu, cuando se suicidan, con certeza, deberán ir al cielo... Digo.

—¡Usted sí que es un genio, Hermano Fidel! —suspiró la Hermana Godelive mientras, con sus rodillas abiertas, trataba de acomodar la pierna de él.

—La deducción vale —aprobó en tono intimista el Hermano Arístides para luego, en voz alta, decir—. Hermano del más allá, ya habéis escuchado la explicación, así que, humildemente, os solicitamos que os fijéis de nuevo.

—Está bien, está bien... —bufó el de arriba— pero conste que no lo hago porque me hayáis convencido con ese argumento tonto, sino que lo hago porque los que vivimos en el paraíso somos buenos por definición. Esperen aquí, no se muevan.

—Si papito, siiii... movete un poquito —jadeó la Hermana Godelive.

—¡Hermana! ¿Qué dice? —se sobresaltó el Hermano Arístides.

—Lo que pasa es que las mujeres siempre entienden las cosas al revés —argumentó el Hermano Lucio y, dirigiéndose a ella, dijo—. No Hermana, no dijo moverse, dijo no moverse. ¿Me entendió? ¿Sí? Entonces deje de moverse.

Fue entonces que se escuchó un ruido seco.

—¡Ya están aquí! —exclamó el Hermano Lucio mirando al cielorraso.

—No hermano, ese ruido fue otra cosa —afirmó el Hermano Arístides.

—Entonces, ¿qué pudo haber sido? —preguntó el Hermano Lucio.

—Creo que, por suerte, fue un zapato que se cayó —contestó la Hermana Godelive que sentía que el pie descalzo del Hermano Fidel estaba llegando adonde se esperaba que tenía que llegar.

—¿Un zapato? —interrogó extrañado el Hermano Arístides.

—¿Cómo puede ser que algo que ya está en el suelo se pueda caer? —dijo como para sí el Hermano Lucio.

—Casualmente el ruido tiene que ver con el suelo, porque si estuviera en el aire no haría ningún tipo de ruido —argumentó maquinalmente el Hermano Fidel, que ya tenía los cinco sentidos puestos en el dedo gordo de su pie.

—No sé qué pasa, pero lo que pasa es poco serio y...

El Hermano Arístides tuvo que interrumpir su reto porque los caireles comenzaron a chocar en forma estrepitosa mientras que el espantoso jarroncito, de las sacudidas, casi se viene en banda junto con el esquelético posajarrones-espantosos.

—¡Ya están aquí, ya están aquí! —se entusiasmó nuevamente el Hermano Lucio.

—¡Sí, ya estoy aquí y me gustaría saber quién carajo me llamó! —respondió una voz del más allá, pero con un acento más campechano.

—¡Fuentes, llegó Fuentes!

—Funes, Hermano Lucio, Funes —corrigió el Hermano Arístides mirando hacia arriba con cara de pedir discuipas.

—Ese es mi nombre, hermanos. Funes, Eugenio Funes. Nacido en Rosario, supe vivir en la tierra y luego subí a los cielos a gozar de la dicha eterna. Pero ahora resulta que ni siquiera puedo darme un baño tranquilo porque allá abajo alguien, con ganas de joder, viene a interrumpirme —contestó con bastante bronca el alma de Eugenio.

—No, no interrumpan..., no paren..., sigan así... —suplicó la Hermana Godelive revoleando los ojos para todos lados.

El Hermano Arístides ignoró la indirecta del alma de Funes y, continuando con el ritual, pidió:

—Hermano, te hemos llamado porque necesitamos tu contestación a una carta que, por nuestro modesto intermedio, te ha enviado el Sr. León Pascal.

—Como verán, lo nuestro es un servicio puerta a puerta, un aporte más a la comunidad —acotó, orgulloso, el Hermano Lucio.

—La carta de mi ex amigo León, el Rey de los Salames. Sí, la escuché —contestó con mufa el alma de Eugenio.

—¿Y qué respuesta tienes, hermano?

—Eso, porque lo nuestro no sólo es un servicio puerta a puerta, sino que también garantizamos contestación inmediata. Modestamente, otro aporte más a la comunidad —volvió a señalar el Hermano Lucio.

—Mi respuesta es que no sé muy bien si León está más loco que pelotudo o las dos cosas por igual.

—Qué boquita..., qué lengüita..., qué dedito... —jadeó la Hermana Godelive mientras el Hermano Fidel seguía con sus rítmicas contorsiones.

—...y afirmo que está loco, porque sólo un loco puede pensar que un tipo como yo, amante de la vida, se pueda suicidar.

—Pero... entonces... —balbuceó el Hermano Arístides.

—Entonces que el boludazo de León sepa que las cuatrocientas lucas se las pedí como un acto de reivindicación social porque, después de toda una vida dedicada a prestar guita a interés de usura, era hora de que alguien recuperara parte de ese dinero para restituirlo a la comunidad.

—Pero él dice que usted se lo gastó, con perdón de la expresión, en putas...

—¿Y qué? Ahora resulta que las putas no pertenecen a la comunidad. ¿Qué son, entonces, las putas? ¿Lumpen? ¡¿Lumpen, marciano?!

—¡Sí, sí... putas, putas! Adoro las putas. ¡Debo confesarme, yo no quería ser maestra de música! —aulló la Hermana Godelive al borde del espasmo mientras el Hermano Fidel, también él a punto de explotar, largaba la cadena de manos y se zambullía abajo de la mesa.

—¡Basta, basta! —ordenó el Hermano Arístides que, en vano, intentaba poner un poco de orden—. No se porten como niños, recuerden que somos profesionales de esto. La gente confía en nosotros... ¡Hermano Fidel, salga de ahí abajo, inmediatamente!

—Seguro que se asustó y se escondió —interpretó, algo ingenuo, el Hermano Lucio.

—Y también quiero que sepan —continuó el alma de Eugenio— que jamás gasté tanta guita en tan poco tiempo y tan a gusto como esa noche. Y que, borracho y todo, jamás se me hubiera ocurrido tirarme debajo de ningún tren por más rosarino que fuera y que lo único que hoy quisiera saber es quién fue el desconsiderado, el desadaptado, el reverendísimo hijo de puta que tiró la cáscara de banana al lado de la vía.

—¡Banana, banana! ¡Sí, eso mismo! —se escuchó la voz de la Hermana Godelive antes de tirarse ella también debajo de la mesa.

Destrozada totalmente la cadena, la comunicación con el más allá se interrumpió definitivamente mientras, en el más acá, el despelote alcanzaba niveles alarmantes.

En el suelo, la Hermana Godelive y el Hermano Fidel eran un amasijo de piernas, brazos, ligas y alguna que otra teta salida. Amasijo sin control que, en un instante, volteó la mesa de tres patas, las sillas y, lo que es increíble, terminó también con el casi eterno horrible jarroncito haciéndolo caer del esquelético posajarrones-espantosos para, finalmente, hacerse repelota contra el suelo.

Mientras el Hermano Lucio miraba sin poder creer lo que veía, se abrió la puerta de la habitación y, atraído por el bochinche, entró el Sr. León Pascal.

—Qué pasa —preguntó sobresaltado.

—Nada —lo tranquilizó el Hermano Arístides, mientras cubría con una carpeta a la Hermana Godelive y al Hermano Fidel que seguían en lo de ellos, dale que dale—. Es sólo que algunos espíritus generan situaciones como éstas.

—Entiendo, Eugenio siempre fue amante de los despelotes. Pero del dinero, ¿qué dijo del dinero?

—No se preocupe, don León, el Hermano Eugenio aseguró que se lo iba a devolver.

—¿A devolver?

—Sí, dijo que cuando abran los bancos le manda un giro —aseveró el Hermano Arístides mientras tomaba al Sr. León y lo sacaba de la habitación rumbo a la calle.

Adentro el Hermano Lucio intuía que algo raro estaba ocurriendo pero no entendía muy bien qué, dado que tantos años comunicándose con el más allá le habían llevado a entender mejor lo que pasaba allá que lo que pasaba aquí.

Cosa que en esos momentos, con seguridad, no le ocurría a la Hermana Godelive quien, como nunca, disfrutaba de un presente, tal vez poco espiritual, pero sumamente reconfortante.

Miércoles 12 de febrero de 1992



Por Santiago Varela

STORIA
E
FUNES

Cuando el espantoso jarroncito posado encima del posajarrones-espantosos comenzó a moverse, fue como un aviso de que la cosa recomenzaba.

—¡Silencio! —conminó el Hermano Arístides mientras el Hermano Fidel, sin sacar las manos de arriba de la mesa, intentaba levantar su pierna para ponerla arriba de la pierna de la Hermana Godelive.

—¡A ver ustedes, los de abajo! —atronó una voz como de ultratumba—. Aquí arriba no encontramos a ningún recién ingresado de apellido Funes.

—Si no lo toman a mal, ¿por qué no se fijan bien? —señaló, respetuoso, el Hermano Lucio—. Debe haber ingresado hace dos días. Murió de suicidio ferroviario.

—¿Un suicida? ¿Aquí en el cielo? —preguntó extrañada la extraña voz.

El Hermano Arístides sintió que su boca se resecaba. Evidentemente había algo que no habían tomado en cuenta cuando arreglaron el tema de los honorarios con el señor León. Con cierta desesperación buscó con la mirada la ayuda del Hermano Fidel que, por ser de profesión procurador, aparecía como el más preparado del grupo.

El Hermano Fidel, a su vez, sorprendido tratando de disimular su actitud contorsionista por el esfuerzo que le demandaba embocar su pierna entre las rodillas de la Hermana Godelive, entendió el pedido de auxilio y, con voz pausada, contestó:

—Verdad es que se trata de un suicida, hermano. Pero también es cierto que en vida fue un anarquista confeso y, como vosotros debéis saber... —explicó en medio de un respingo de la Hermana Godelive—, como vos debéis saber, decía, según la doctrina, cuando los anarquistas se mueren se van directo al infierno. Del mismo modo, contrario sensu, cuando se suicidan, con certeza, deberán ir al cielo... Digo.

—¡Usted sí que es un genio, Hermano Fidel! —suspiró la Hermana Godelive mientras, con sus rodillas abiertas, trataba de acomodar la pierna de él.

—La deducción vale —aprobó en tono intimista el Hermano Arístides para luego, en voz alta, decir—. Hermano del más allá, ya habéis escuchado la explicación, así que, humildemente, os solicitamos que os fijéis de nuevo.

—Está bien, está bien... —bufó el de arriba— pero conste que no lo hago porque me hayáis convencido con ese argumento tonto, sino que lo hago porque los que vivimos en el paraíso somos buenos por definición. Esperen aquí, no se muevan.

—Sí papito, siiií... movete un poquito —jadeó la Hermana Godelive.

—¡Hermana! ¿Qué dice? —se sobresaltó el Hermano Arístides.

—Lo que pasa es que las mujeres siempre entienden las cosas al revés —argumentó el Hermano Lucio y, dirigiéndose a ella, dijo—. No Hermana, no dijo moverse, dijo no moverse. ¿Me entendió? ¿Sí? Entonces deje de moverse.

Fue entonces que se escuchó un ruido seco.

—¡Ya están aquí! —exclamó el Hermano Lucio mirando al cielorraso.

—No hermano, ese ruido fue otra cosa —afirmó el Hermano Arístides.

—Entonces, ¿qué pudo haber sido? —preguntó el Hermano Lucio.

—Creo que, por suerte, fue un zapato que se cayó —contestó la Hermana Godelive que sentía que el pie descalzo del Hermano Fidel estaba llegando adonde se esperaba que tenía que llegar.

—¿Un zapato? —interrogó extrañado el Hermano Arístides.

—¿Cómo puede ser que algo que ya está en el suelo se pueda caer? —dijo como para sí el Hermano Lucio.

—Casualmente el ruido tiene que ver con el suelo, porque si estuviera en el aire no haría ningún tipo de ruido —argumentó maquinalmente el Hermano Fidel, que ya tenía los cinco sentidos puestos en el dedo gordo de su pie.

—No sé qué pasa, pero lo que pasa es poco serio y...

El Hermano Arístides tuvo que interrumpir su reto porque los caireles comenzaron a chocar en forma estrepitosa mientras que el espantoso jarroncito, de las sacudidas, casi se viene en banda junto con el esquelético posajarrones-espantosos.

—¡Ya están aquí, ya están aquí! —se entusiasmó nuevamente el Hermano Lucio.

—¡Sí, ya estoy aquí y me gustaría saber quién carajo me llamó! —respondió una voz del más allá, pero con un acento más campechano.

—¡Fuentes, llegó Fuentes!

—Funes, Hermano Lucio, Funes —corrigió el Hermano Arístides mirando hacia arriba con cara de pedir disculpas.

—Ese es mi nombre, hermanos. Funes, Eugenio Funes. Nacido en Rosario, supe vivir en la tierra y luego subí a los cielos a gozar de la dicha eterna. Pero ahora resulta que ni siquiera puedo darme un baño tranquilo porque allá abajo alguien, con ganas de joder, viene a interrumpirme —contestó con bastante bronca el alma de Eugenio.

—No, no interrumpan..., no paren..., sigan así... —suplicó la Hermana Godelive revoleando los ojos para todos lados.

El Hermano Arístides ignoró la indirecta del alma de Funes y, continuando con el ritual, pidió:

—Hermano, te hemos llamado porque necesitamos tu contestación a una carta que, por nuestro modesto intermedio, te ha enviado el Sr. León Pascal.

—Como verán, lo nuestro es un servicio puerta a puerta, un aporte más a la comunidad —acotó, orgulloso, el Hermano Lucio.

—La carta de mi ex amigo León, el Rey de los Salames. Sí, la escuché —contestó con mufa el alma de Eugenio.

—¿Y qué respuesta tienes, hermano?

—Eso, porque lo nuestro no sólo es un servicio puerta a puerta, sino que también garantizamos contestación inmediata. Modestamente, otro aporte más a la comunidad —volvió a señalar el Hermano Lucio.

—Mi respuesta es que no sé muy bien si León está más loco que pelotudo o las dos cosas por igual.

—Qué boquita..., qué lengüita..., qué dedito... —jadeó la Hermana Godelive mientras el Hermano Fidel seguía con sus rítmicas contorsiones.

—...y afirmo que está loco, porque sólo un loco puede pensar que un tipo como yo, amante de la vida, se pueda suicidar.

—Pero... entonces... —balbuceó el Hermano Arístides.

—Entonces que el boludazo de León sepa que las cuatrocientas lucas se las pedí como un acto de reivindicación social porque, después de toda una vida dedicada a prestar guita a interés de usura, era hora de que alguien recuperara parte de ese dinero para restituirlo a la comunidad.

—Pero él dice que usted se lo gastó, con perdón de la expresión, en putas...

—¿Y qué? Ahora resulta que las putas no pertenecen a la comunidad. ¿Qué son, entonces, las putas? ¿Lumpen? ¡¿Lumpen, marciano?!

—¡Sí, sí... putas, putas! Adoro las putas. ¡Debo confesarme, yo no quería ser maestra de música! —aulló la Hermana Godelive al borde del espasmo mientras el Hermano Fidel, también él a punto de explotar, largaba la cadena de manos y se zambullía abajo de la mesa.

—¡Basta, basta! —ordenó el Hermano Arístides que, en vano, intentaba poner un poco de orden—. No se porten como niños, recuerden que somos profesionales de esto. La gente confía en nosotros... ¡Hermano Fidel, salga de ahí abajo, inmediatamente!

—Seguro que se asustó y se escondió —interpretó, algo ingenuo, el Hermano Lucio.

—Y también quiero que sepan —continuó el alma de Eugenio— que jamás gasté tanta guita en tan poco tiempo y tan a gusto como esa noche. Y que, borracho y todo, jamás se me hubiera ocurrido tirarme debajo de ningún tren por más rosarino que fuera y que lo único que hoy quisiera saber es quién fue el desconsiderado, el desadaptado, el reverendísimo hijo de puta que tiró la cáscara de banana al lado de la vía.

—¡Banana, banana! ¡Sí, eso mismo! —se escuchó la voz de la Hermana Godelive antes de tirarse ella también debajo de la mesa.

Destrozada totalmente la cadena, la comunicación con el más allá se interrumpió definitivamente mientras, en el más acá, el despelote alcanzaba niveles alarmantes.

En el suelo, la Hermana Godelive y el Hermano Fidel eran un amasijo de piernas, brazos, ligas y alguna que otra teta salida. Amasijo sin control que, en un instante, volteó la mesa de tres patas, las sillas y, lo que es increíble, terminó también con el casi eterno horrible jarroncito haciéndolo caer del esquelético posajarrones-espantosos para, finalmente, hacerse repelota contra el suelo.

Mientras el Hermano Lucio miraba sin poder creer lo que veía, se abrió la puerta de la habitación y, atraído por el bochinche, entró el Sr. León Pascal.

—Qué pasa —preguntó sobresaltado.

—Nada —lo tranquilizó el Hermano Arístides, mientras cubría con una carpeta a la Hermana Godelive y al Hermano Fidel que seguían en lo de ellos, dale que dale—. Es sólo que algunos espíritus generan situaciones como éstas.

—Entiendo, Eugenio siempre fue amante de los despelotes. Pero del dinero, ¿qué dijo del dinero?

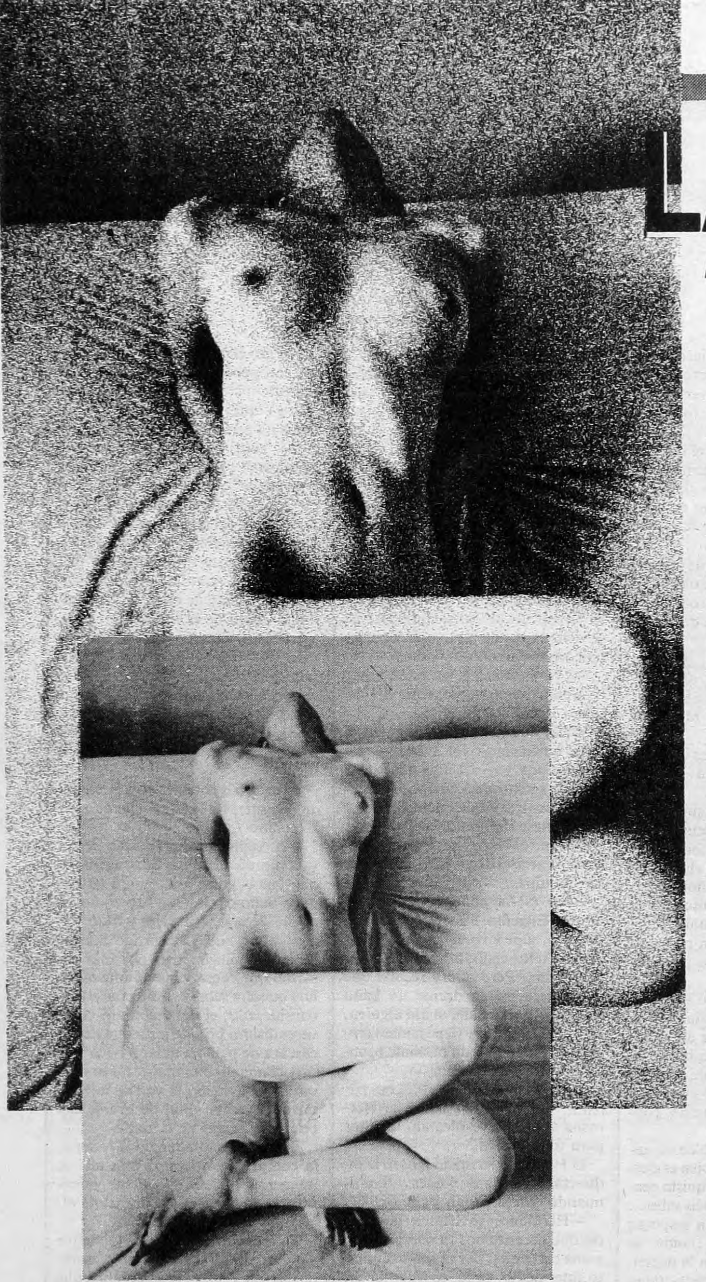
—No se preocupe, don León, el Hermano Eugenio aseguró que se lo iba a devolver.

—¿A devolver?

—Sí, dijo que cuando abran los bancos le manda un giro —aseveró el Hermano Arístides mientras tomaba al Sr. León y lo sacaba de la habitación rumbo a la calle.

Adentro el Hermano Lucio intuía que algo raro estaba ocurriendo pero no entendía muy bien qué, dado que tantos años comunicándose con el más allá le habían llevado a entender mejor lo que pasaba allá que lo que pasaba aquí.

Cosa que en esos momentos, con seguridad, no le ocurría a la Hermana Godelive quien, como nunca, disfrutaba de un presente, tal vez poco espiritual, pero sumamente reconfortante.



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

25. La espada del ángel

Desde que Viviana dejó definitivamente su consultorio, el doctor Bermúdez padece serios problemas conyugales. Ahora mismo sostiene una discusión telefónica con su esposa. La esposa del doctor está en su dormitorio, acompañada por un joven angelical. Ella está muy excedida de peso, tanto que a esta altura le sería imposible salir de la habitación; permanece sobre un colchón, ya que ninguna cama sería capaz de resistirla. A medida que el cuerpo de su esposa fue desmesurándose, el doctor Bermúdez adecuó el lugar a fin de que continuara siendo apto y en lo posible cómodo para ella. Fueron retirados los muebles y en especial los adornos, que, rodeados y finalmente englobados por el crecimiento de la piel, llegaban a molestarle, a la manera de uñas encarnadas. La dilatación de esta esposa no es mera obesidad, sino que afectó a su cuerpo de manera desigual y arbitraria; así, mientras por ejemplo las piernas, nalgas y genitales se desarrollaron muchísimo, la boca y en general el aparato digestivo mantiene su tamaño originario, por lo cual ella, que no es de mucho comer, se ve obligada a ingerir con asiduidad alimentos de alto valor energético. La extensión de la superficie epidérmica hace necesaria una humectación especial, de modo que la esposa se remoja sin cesar mediante una manguera de la cual brota agua tibia: el doctor instaló un piso cerámico e hizo azulejar las paredes y el techo, lo cual evita la formación de hongos en el ambiente saturado de humedad; en el piso se colocó una rejilla, y, empotrada en la pared a fin de que no se encarne en el cuerpo de la esposa, está la canilla donde va conectada la manguera. Para evitar que la expansión del cuerpo provoque peligrosas roturas, los vidrios del ventanal han sido reemplazados por un plástico translúcido y resistente. De todos modos el agua se derrama a veces por el balcón, lo cual provoca protestas de transeúntes y vecinos: el doctor responde atribuyéndolo al riesgo de unas plantas de interior.

—¡Vos la dejaste ir! —acusa la esposa. El doctor Bermúndez, desde su consultorio, trata de que su mujer entre en razón, mientras escucha el murmullo impaciente de las mujeres en la sala de espera. El hizo todo lo posible para retener a Viviana, dice.

—Dice que hizo lo que pudo, Angel —se burla la esposa. El ángel asiente a lo que ella diga; está tirado entre las piernas enormes, con la cabeza apoyada en el pubis como sobre pasto crecido.

—Me fallaste, Bermúdez. Y yo no perdono —dice la esposa. Esperá, esperá, pide el doctor. El puede conseguir otra: se llama Betti, es una amiga de Viviana.

—Soy yo la que siempre puede conseguir otro Bermúdez —dice la esposa mientras acaricia el cuerpo del ángel entre el agua tibia. Entretanto, en el consultorio crecen los murmullos, y Bermúdez ya no soporta. Va, abre la puerta, y deja salir el grito siempre contenido de la ginecología:

"¡Basta de conchas!"

Las pacientes quedan paralizadas.

"¡Fuera! ¡No quiero verlas más!"

El doctor no mira las caras. Las mujeres, espantadas, involuntariamente miran hacia abajo, como si sus sexos hubieran adquirido vida propia.

"¡Fuera, conchas!"

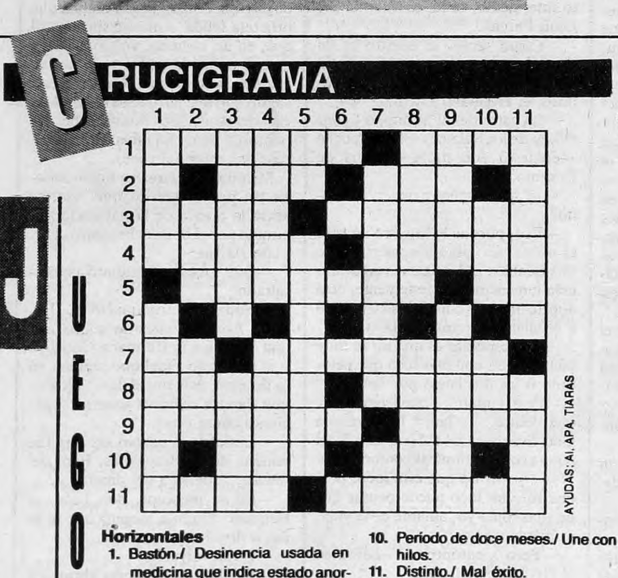
Las conchas, obedientes a la voz del doctor, salen disparadas y arrastran en su estampida a las pacientes, que ni siquiera alcanzan a protestar.

Cuando el doctor vuelve al teléfono, la esposa ríe.

—Bien, Bermúdez, pero no te vas a salvar con eso. —La esposa busca tras su cuerpo un envoltorio de papel aceitado que protege un pequeño cuchillo de cocina, gastado por el uso y afilado como puñal. Se lo muestra al ángel, que asiente. El doctor farfulla explicaciones, dice que va a recuperar a Viviana, dice que Betti, que otra, sus palabras se vuelven inconexas y se pierden.

—El ángel se va a encargar de vos —dice la esposa, y corta la comunicación. El doctor queda colgado del teléfono como títere caído. El ángel va a agarrar el arma, pero la esposa lo detiene: todavía no. Toma al ángel entre sus manos y lo hace entrar todo en ella. El ángel, feliz, aletea.

(El folletín continuará hasta el próximo viernes.)



JUEGOS

CRUCIGRAMA

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

AYUDAS: AI, APA, TIARAS

Horizontales

1. Bastón./ Desinencia usada en medicina que indica estado anormal.
2. Resonancia./ Río que forma límite entre Paraguay y Brasil.
3. Dé existencia a algo./ Pollo del ánade.
4. Cavidad del estómago de los rumiantes./ Ojo simple de los insectos.
5. Fría./ Prefijo: junto a.
7. Nombre de la letra "c"./ Sede y empleo del agente.
8. Tramo./ Tiempo crudo de lluvias y vientos.
9. Palabra inglesa que define el porcentaje de sintonía de un programa televisivo./ En la mitología griega, personificación de la discordia.
10. Período de doce meses./ Une con hilos.
11. Distinto./ Mal éxito.

Verticales

1. Ave rapaz nocturna de grandes ojos fijos./ Aproximo.
2. Dueña de casa./ Letra griega.
3. Corto de vista./ Amarrar.
4. Decreto del zar./ Acumulo, apilo.
5. Artículo neutro./ Planta muy usada como condimento.
7. Sin gracia./ Especie de perezoso.
8. Sin brillo (fem.)./ Isla griega famosa por su laberinto.
9. (Marqués de) Escritor francés./ Mitra papal (pl.).
10. Oleada, afluencia./ Pimiento.
11. Concilio de obispos./ Compañía petrolera muy famosa.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Óxido de calcio / Persona amada / Embarcación / Billeto de teatro, de viaje, etc., (pl.) / Equilibrar / Aféresis de ahora / Relativos al suero / Perro / Vale (pl.) / Ataque simulado / Me dirigiré / (... Tse) Filósofo chino / Levantar las anclas / Locución latina que llevan las cruces / Despacho de bebidas / Río de la URSS / Artículo determinado (pl.) / Poema lírico / Autómata / Legista, jurista / Capital de Francia / Igualdad de nivel

AYUDAS: Amago, Nivelar

SOLUCIONES